



## Corpus Christi 2013

La fiesta del Corpus Christi prolonga la celebración de la institución de la Eucaristía en el Jueves Santo. En la Última Cena, Jesús anticipó el sacrificio de la cruz y se entregó como alimento de nuestra vida en los signos del pan y el vino convertidos en su Cuerpo entregado y su Sangre derramada para el perdón de los pecados. En la celebración del *Corpus Christi*, este mismo misterio se presenta para la adoración y la meditación del pueblo de Dios; y el Santísimo Sacramento es llevado en procesión por las calles de la ciudad y de los pueblos, para manifestar que Cristo resucitado camina en medio de nosotros y nos alimenta y fortalece en nuestro caminar hacia el reino de los cielos. Lo que Jesús nos dio en la intimidad del Cenáculo, hoy lo manifestamos abiertamente, porque el Sacramento del amor de Cristo está destinado a todos los que creen.

La Palabra de Dios nos ha sugerido una pista para meditar sobre el sacerdocio de Cristo y la Eucaristía a través de la figura de Melquisedec, “sacerdote del Dios altísimo”, que “ofreció pan y vino” y “bendijo a Abram”, cuando volvía de vencer en una batalla. Abraham, por su parte, le dio el diezmo de todo el botín. El salmo responsorial, a su vez, contiene en la última estrofa un juramento de Dios mismo, que declara al Rey Mesías: “Tú eres sacerdote eterno según el rito de Melquisedec” (*Sal* 110, 4). Esta referencia al rito de Melquisedec, que ofreció pan y vino, nos ayuda a comprender que el sentido del sacerdocio de Jesús se revela en la institución de la Eucaristía en la Última Cena. En el gesto de entrega del pan y el vino y en las palabras que lo acompañan se expresa todo el sentido del misterio de Cristo, como lo explica la Carta a los Hebreos en este texto decisivo: “Y, aun siendo Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer. Y llevado a la consumación, se convirtió, para todos los que le obedecen, en autor de salvación eterna, proclamado por Dios sumo sacerdote según el rito de Melquisedec” (Heb 5, 9-10). Así pues, Cristo es sacerdote verdadero y eficaz porque, “en la noche en que fue entregado”, estaba lleno de la fuerza del Espíritu Santo y colmado de toda la plenitud del amor de Dios. Esta fuerza divina es la que transforma la violencia y la injusticia extremas de su pasión y muerte en un acto supremo de amor y de justicia y en la victoria de la resurrección. Esta es la obra del sacerdocio de Cristo, que la Iglesia ha heredado y prolonga en la historia, en la doble forma del sacerdocio común de los bautizados y el ordenado de los ministros, para transformar el mundo con el amor de Dios. A semejanza de Jesús, todos nosotros, sacerdotes y fieles, ofrecemos a Dios el sacrificio de nuestra existencia santificada por el Espíritu de Cristo; todos nos alimentamos de la misma Eucaristía y nos postramos para adorarla, porque en el Santísimo Sacramento están presentes el verdadero Cuerpo y la verdadera Sangre de Jesús, Víctima y Sacerdote, para la salvación del mundo.

La segunda lectura y el Evangelio, en cambio, centran la atención en el misterio eucarístico. De la *Primera Carta a los Corintios* (cf. 11, 23-26) está tomado el pasaje fundamental, en el que san Pablo recuerda a la comunidad el significado y el valor de la



Carlos López Hernández

“Cena del Señor”, que el Apóstol había transmitido y enseñado, pero que corrían el riesgo de ser mal interpretados.

En la Eucaristía tiene lugar la conversión de los dones de esta tierra, el pan y el vino, con el fin de transformar nuestra vida e inaugurar de esta forma la transformación del mundo. En la Última Cena, Jesús, con el poder de su amor, transformó el sentido de la muerte hacia la cual se dirigía y convirtió la sustancia del pan y del vino en su Cuerpo y su Sangre. De su oración eucarística brota la fuerza que transforma la realidad en sus dimensiones: la naturaleza, el hombre y la historia. Esta transformación es posible gracias a una comunión más fuerte que la división: la comunión con Dios mismo. Cuando en la Eucaristía recibimos la comunión entramos en comunión con la vida misma de Jesús, que se entrega por nosotros y se nos da a nosotros. El cáliz que bendecimos es comunión de la sangre de Cristo, y el pan que partimos es comunión del cuerpo de Cristo. Y, “porque el pan es uno, nosotros, siendo muchos, formamos un solo cuerpo, pues todos comemos del mismo pan” (*1 Co 10, 16-17*).

El alimento corporal ordinario es asimilado por nuestro organismo y contribuye a su sustento; en la Eucaristía ocurre algo muy diferente: no somos nosotros quienes asimilamos a Cristo, sino que él nos asimila a sí, para llegar a ser una sola cosa con él y miembros de su cuerpo. En el encuentro que tiene lugar en la comunión eucarística, Cristo nos transforma en Él, abre nuestra individualidad, la libera de su egocentrismo y la inserta en su misma Persona. De este modo, la Eucaristía nos abre también a los demás, nos hace miembros los unos de los otros: ya no estamos divididos, sino que somos uno en él.

La comunión eucarística nos une a cada uno a la persona que tenemos a nuestro lado, y con la cual tal vez ni siquiera tenemos una buena relación, y también a los hermanos lejanos, en todas las partes del mundo. De la Eucaristía, deriva el sentido profundo de la presencia social de la Iglesia. Quien reconoce a Jesús en la Hostia santa, lo reconoce en el hermano que sufre, que tiene hambre y sed, que es extranjero, que está desnudo, enfermo o en la cárcel; y está atento a cada persona, se compromete, de forma concreta, en favor de todos aquellos que padecen necesidad. Del don de amor de Cristo proviene, por tanto, nuestra responsabilidad especial de cristianos en la construcción de una sociedad solidaria, justa y fraterna. Especialmente en nuestro tiempo, en el que la globalización y la crisis nos hacen cada vez más dependientes unos de otros, el cristiano puede y debe hacer que estas relaciones sociales y económicas no se construyan sin Dios, es decir, sin el amor verdadero, que supera el individualismo y evita los atropellos de todos contra todos. El Evangelio y la Eucaristía nos abren los ojos para reconocernos como miembros del mismo cuerpo de Cristo y para aprender a compartir el amor, que en el Sacramento del altar recibimos. Por ello, este día del Corpus Christi es también el Día Nacional de Caridad, que nos invita a colaborar con Cáritas en su atención a los más necesitados.

En el Evangelio de la multiplicación de los panes y los peces dice Jesús a sus discípulos: “Dadles vosotros de comer”. El relato nos indica a quienes los apóstoles han



Carlos López Hernández

de dar de comer: a la gente a la que Jesús acoge, habla, cura y le muestra la misericordia de Dios; a la gente que escucha a Jesús y lo sigue con alegría porque habla y actúa con verdad y con la autoridad de quien es auténtico y coherente, y revela el rostro de un Dios que es amor.

Esta tarde somos nosotros quienes seguimos a Jesús para escucharlo y entrar en comunión con Él en la Eucaristía. Y es oportuno que nos preguntemos: ¿Cómo sigo yo a Jesús? Él habla en el silencio de la Eucaristía y nos recuerda que seguirlo quiere decir salir de nosotros mismos y hacer de nuestra vida un don para Él y para los demás.

Jesús ordena a los discípulos dar de comer a la multitud porque están en descampado y se hace tarde; y, además, porque ha visto que la preocupación de los discípulos es despedir a la gente para que vayan a los pueblos cercanos a buscar comida y alojamiento. Es muy significativa la distinta actitud de los discípulos y de Jesús ante la necesidad de la gente: la respuesta de los discípulos es despedirlos y que cada uno piense en sí mismo y se busque su solución como pueda. Y los cristianos hacemos muchas veces lo mismo: no nos hacemos cargo de la necesidad de los otros. En cambio, la actuación de Jesús va en una dirección que sorprende a los discípulos: Dadles vosotros de comer. Pero los discípulos no pueden dar de comer a una multitud con solo cinco panes y dos peces. Ellos sólo distribuyen el alimento que Jesús multiplica para saciar a la multitud.

Esta tarde estamos nosotros en torno a la mesa del Señor, en la cual Él nos da una vez más su Cuerpo y hace presente el sacrificio de la Cruz. Y al escuchar su Palabra y alimentarnos con su Cuerpo y Sangre nos hace pasar de ser una multitud informe a ser una comunidad, nos lleva del anonimato a la comunión fraterna. La Eucaristía es el sacramento de la comunión que nos hace salir del individualismo para vivir juntos el seguimiento de Jesús. Por ello, nos preguntamos de nuevo cada uno: ¿Cómo vivo yo la Eucaristía? ¿La vivo de modo anónimo o como verdadera comunión con el Señor y con todos los hermanos que comparten la misma mesa?

La multiplicación de los panes y los peces nace del poder de Jesús y del compartir los discípulos lo poco que tienen. Estos escasos alimentos en las manos de Jesús sacian el hambre de una multitud. Es por ello necesario poner a disposición de Jesús lo que somos y tenemos, confiados en su Palabra. Y no debemos tener miedo a la solidaridad, porque sólo en el compartir y en el don, nuestra vida será fecunda y dará fruto. Lo poco que somos y tenemos se convierte en riqueza cuando lo compartimos, porque el poder del amor de Dios transforma nuestra pobreza.

Esta tarde nos distribuye el Señor una vez más el pan que es su Cuerpo, para hacernos uno con Él. Con gratitud y humildad nos preguntamos: ¿Me dejo transformar por Él? ¿Dejo que el Señor me guíe a salir cada vez más de mi pequeño recinto y a no tener miedo de dar, de compartir, de amarle a Él y a los otros?



Carlos López Hernández

Estamos viviendo una particular experiencia de adoración del Santísimo Sacramento, que vamos a completar en la procesión por las calles de nuestra ciudad. La celebración de la Eucaristía sólo puede expresar su pleno significado y valor si va precedida, acompañada y seguida de esta actitud interior de fe y de adoración. El encuentro con Jesús en la Eucaristía se realiza verdadera y plenamente cuando la comunidad es capaz de reconocer que Él, en el Sacramento, habita su casa, nos espera, nos invita a su mesa, y luego, tras disolverse la asamblea, permanece con nosotros, con su presencia discreta y silenciosa, y nos acompaña con su intercesión, recogiendo nuestros sacrificios espirituales y ofreciéndolos al Padre.

En el momento de la adoración todos estamos al mismo nivel, de rodillas ante el Sacramento del amor. El sacerdocio común y el ministerial se encuentran unidos en el culto eucarístico. Es una experiencia muy bella y significativa, que hemos vivido también en las inolvidables vigiliias con los jóvenes en las Jornadas de la Juventud en Colonia y Madrid. Estos momentos de adoración preparan los corazones al encuentro con Cristo en la celebración de la Eucaristía. La comunión y la adoración no se pueden separar; para comulgar verdaderamente con otra persona debo conocerla, saber estar en silencio cerca de ella, escucharla, mirarla con amor. El verdadero amor y la verdadera amistad viven siempre de esta reciprocidad de miradas, de silencios intensos, elocuentes, llenos de respeto y veneración, de manera que el encuentro se viva profundamente, de modo personal e íntimo.

La adoración del Santísimo Sacramento lleva consigo el reconocimiento de su carácter sagrado. El culto cristiano en espíritu y en verdad tiene su centro en Cristo mismo, en su persona, en su vida, en su misterio pascual. Lo sagrado ha encontrado su plenitud en Jesucristo. Él no ha abolido lo sagrado, sino que lo ha llevado a cumplimiento, inaugurando un nuevo culto, que es plenamente espiritual pero que, mientras estamos en camino en el tiempo, se sirve todavía de signos y ritos, que sólo desaparecerán al final, en la Jerusalén celestial, donde ya no habrá ningún templo (cf. *Ap* 21, 22). Gracias a Cristo, la sacralidad es más verdadera, más intensa, y también más exigente, pues requiere la purificación del corazón y la implicación de la vida. La presencia de lo sagrado da sentido, hondura, fundamento y valor a la realidad; y la defiende del peligro de ser considerada de forma banal y superficial como algo sometido a la libre manipulación del hombre.

Dios, nuestro Padre, envió a su Hijo al mundo no para abolir, sino para dar cumplimiento también a lo sagrado. Al fin de esta misión, en la última Cena, Jesús instituyó el Sacramento de su Cuerpo y de su Sangre, el Memorial de su Sacrificio pascual. Actuando de este modo se puso a sí mismo en el lugar de los sacrificios antiguos, pero lo hizo dentro de un rito, que mandó a los Apóstoles perpetuar, como signo supremo de lo Sagrado verdadero, que es él mismo. Con esta fe, queridos hermanos y hermanas, celebramos hoy y cada día el Misterio eucarístico y lo adoramos como centro de nuestra vida y corazón del mundo.